

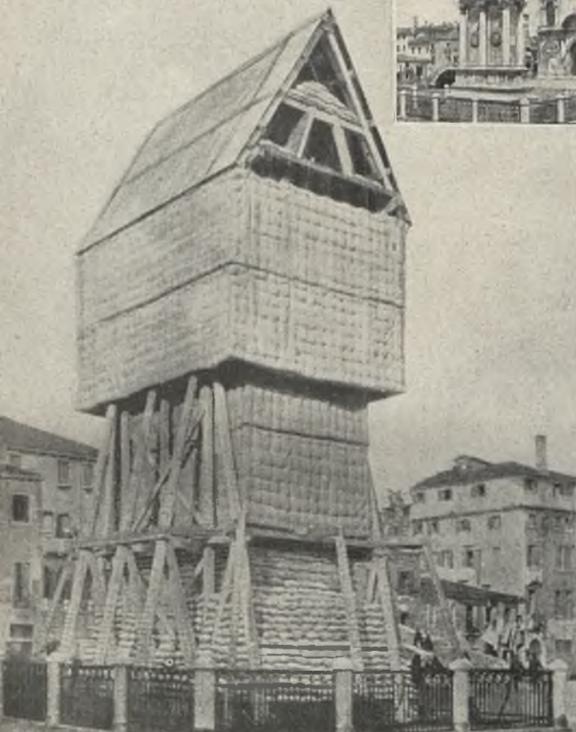
ASÍ SALVÓ ITALIA DE LA GUERRA SUS MONUMENTOS DE ARTE



La quadriga de bronce que corona la iglesia de San Marcos, en Venecia, da lugar a este curioso "descendimiento".

I

Entre las víctimas inocentes de una guerra, están las obras de arte que ilustran un pueblo. Y acaso el índice mejor, para saber lo que una guerra ha sido, es su destrozo; pues hay en toda contienda una diversa índole de combate que no podrá desatender aquel que quiera llevar a la Historia su juicio de ella. El modo de guerrear es el indicio mejor para descubrir la razón de una guerra, ya que siempre asoma, en el esfuerzo, la índole del luchador, y hay en su gesto y ademán la más poderosa muestra de su naturaleza; y ya recuerdo haber leído, y no recuerdo a quién, que la justicia de una guerra se demuestra con la manera de guerrear.



El mundo guarda, como afrentas a la Humanidad, signos terribles de «guerra mala». Allí, en Mistra, una feliz mañana de azules griegos, fui al Monasterio de San Juan; estaba la Naturaleza, gloriosa. Y la mujer miope que me conducía, guardesa de las huertas y de los lampadarios, mostró entonces, con solemne silencio, como quien descubre una herida horrible, tres cabezas de apóstol pintadas en el muro hacía mil años: aquellas tres cabezas tenían picados los ojos; bárbaramente sacados fuera de una vigilia, como el pálido desarreglo de una vigilia, he vuelto a recordar—Dios perdone al mundo— aquel martirio de índole feroz que sufrieron en Mistra los tres santos apóstoles del Monasterio de S. Juan.

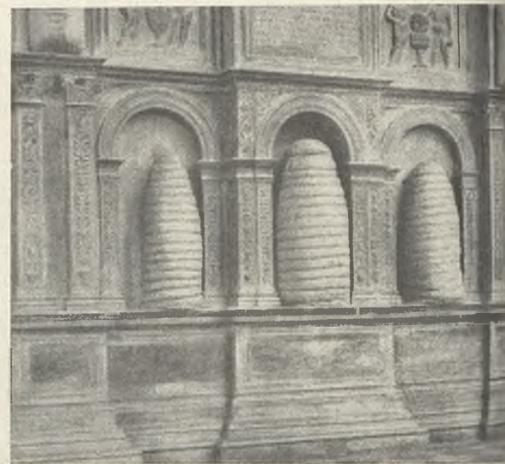
Hoy, al entrar en las iglesias de nuestros pueblos recién recobrados, cuando todavía guardan ese calor sucio y terrible de la estancia roja como el pálido desarreglo de una vigilia, he vuelto a recordar—Dios perdone al mundo— aquel martirio de índole feroz que sufrieron en Mistra los tres santos apóstoles del Monasterio de S. Juan. Las revoluciones negativas fueron siempre, para el arte, una devastación «encarnizada»: quemar iglesias, rasgan lienzos, rompen imágenes... Es la desolación que viene a roer la rama espiritual de un pueblo. Y hoy se acusa este dolor con rasgos monstruosos que no perdonará jamás España. Por esos pueblos que fueron del diablo, he visto atroces signos de negación, señal de unos hombres posesos de la furia que devasta los campos y ultraja sepulturas y acuchilla lienzos...

Rigor de vándalo sobre los indefensos, con rasgos patológicos que alguien estudiará en su día. ¡Qué lejos de la guerra honrada, que señala zonas de neutralidad y concede treguas al enemigo para enterrar sus muertos! No habrá llanto para llorar todo el duelo que arrastra por España, sonrojándonos la estirpe, nuestro enemigo malo; pero no intento aquí recoger ese destrozo, por asesinato, del arte, sino el estado de peligro en que viven durante toda guerra las obras artísticas. Participan ellas del azar guerrero, de las contingencias militares, de la misma muerte que a todos ronda y a muchos bebe el corazón. El día 4 de septiembre de 1916 una bomba cae a dos metros de la iglesia de San Marcos, en Venecia. Y toda la ciudad palidece; pues hay en las obras de arte unas que pueden huir y refugiarse en sótanos o cajas blindadas; y hay otras inmóviles, que deben resistir a pie firme el ataque, pues viven por toda la ciudad, en fuentes, en estatuas y en las fachadas de palacios e iglesias. A veces toda la ciudad es un valor artístico, ciudades consagradas «totalmente» que no deberían entrar en el juego peligroso de una guerra. Italia es rica en «ciudades absolutas»: Venecia y Roma, Asís, Florencia, Siena... Destruir estas ciudades, es derribar el mundo. Por eso adquiere hoy, al compás de la guerra nuestra, un valor trascendente aquella Italia en medio de su guerra de 1915, toda afanada en preservar del fuego sus monumentos de arte—

El famoso monumento a Colleon en Venecia.

su razón de ser—, que en Venecia o Asís, en Florencia o en Roma, son cada casa y cada piedra.

Cuando las campanas de las iglesias tocan al arma y un arrebató trágico conmueve la ciudad y las madres se afanan por salvar sus hijos y todo huye de la superficie de la guerra, en la plaza despavorida queda inmóvil, indefensa en su pedestal, «ese» imponderable motivo de arte que puede ser un bronce de Donatello o un bajo-relieve de Jacobo Della Quercia. ¿Cómo salvar de la muerte estas obras llamadas a lo eterno? Entonces, la ciudad imagina defensas, ingenia fábricas, reviste de arena las fachadas monumentales, traslada imágenes y lienzos... Queda la ciudad vacía, desfigurada, vestida en simple, de mujer de campo. ¿Imagináis ahora cómo pudo la ciudad señora de Venecia, lujo del mar lujoso, pasar así, vestida de aldeana, por entre los peligros circundantes de la guerra europea?



Una «cuaresma» trágica reviste los altares.

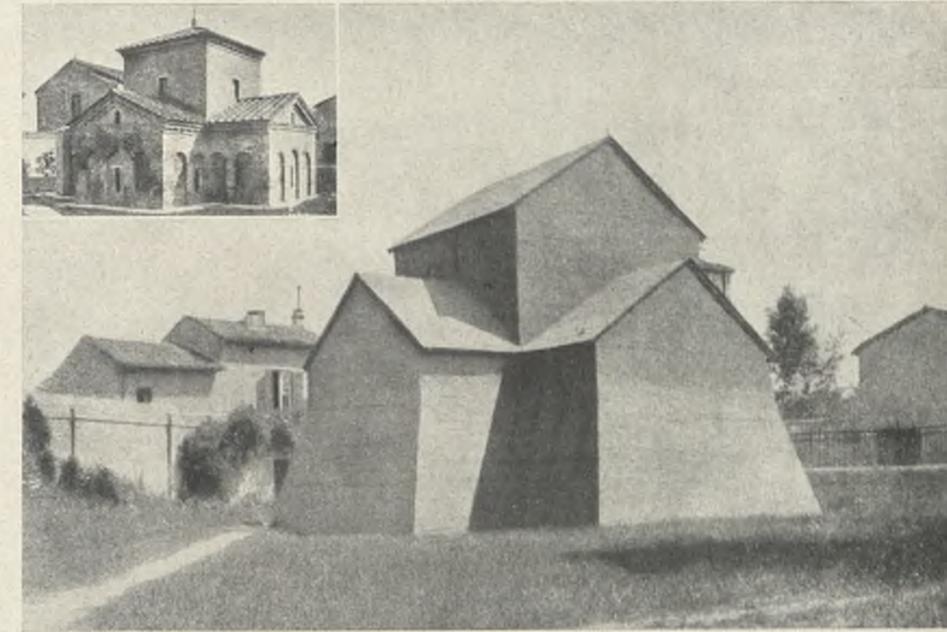
II

En el año 1915 la defensa de una ciudad tiene muy estrechas posibilidades. Y Venecia es ciudad de la más difícil guarda; blando el suelo, edificada sobre la laguna como un nuevo milagro de fe, asediada por tierra, cielo y mar. Venecia, aun en sus noches, cuando la luna es franca—esta luna inconsciente donde libran amor los enamorados de todo el mundo—ofrece al peligro una tentación exquisita: la luz marca brillantemente los canales y deja la ciudad al descubierto. Y así fué que los bombardeos a Venecia se realizaron durante la noche como una presa clarividente para los austriacos. Una noche de otoño del año 1915 cae sobre la iglesia de los Descalzos la bomba que destruye toda la bóveda pintada por Tiepolo; en noche de junio del año 1916 el enemigo bombardea los templos de San Francisco de la Viña, Santa María Ferosa y San Pedro Incastello; y en la madrugada del 14 de septiembre del mismo año cuando se abre, a dos metros de la iglesia de San Marcos, una bomba incendiará

Sólo entonces, que la guerra derrota con su agria mano esta serena arquitectura, el pueblo de Venecia se decide a levantar de allí su arte. Resistíase la población a que le abandonase la

ciudad, a que se rindiese al enemigo, no su fortaleza, sino su naturaleza, su natural artístico. Se debatía el pueblo entre dos temores desapacibles: de un lado, está el peligro de ver destruída su ciudad, y de otro lado, la desconfianza de no poder volver a reunir luego estas obras suyas de tan gloriosa posesión que se llevan de allí a otras ciudades menos aptas al castigo. Sólo cuando el fuego le quema los ojos, el pueblo de Venecia se aviene con angustia heroica a que le lleven de allí sus obras más preciadas. Comienza el éxodo. Toda la ciudad se desalma y queda, inanimada, junto al mar. La quadriga de bronce griegos que corona la iglesia de San Marcos, echa pie a tierra; todo pide tierra y descendimiento en esta hora. Se transportan los cuadros, se fajan las imágenes en acolchados de algas secas, se fijan con soportes las pilastras, las fachadas se cubren con leños, y sacos de algodón y de arena cocida defienden los relieves. Gracias a esto, la bomba que cae sobre la iglesia de San Juan no llega a mutilar el monumento al «Dux» Pedro Mocenigo, obra maestra de Pedro El Lombardo. Ejercita el pueblo todas sus buenas artes defensivas. Uge Ojetti escribe, hacia el año 1918: «Ahora se están colocando sobre los mosaicos de las cúpulas grandes cortinas de tela muy sólida, porque la experiencia tiene demostrado que una cortina suelta, hinchándose al soplo de una explosión como un pulmón que respira, atenúa el golpe y salva hasta los cristales y vidrieras puestos tras ella.»

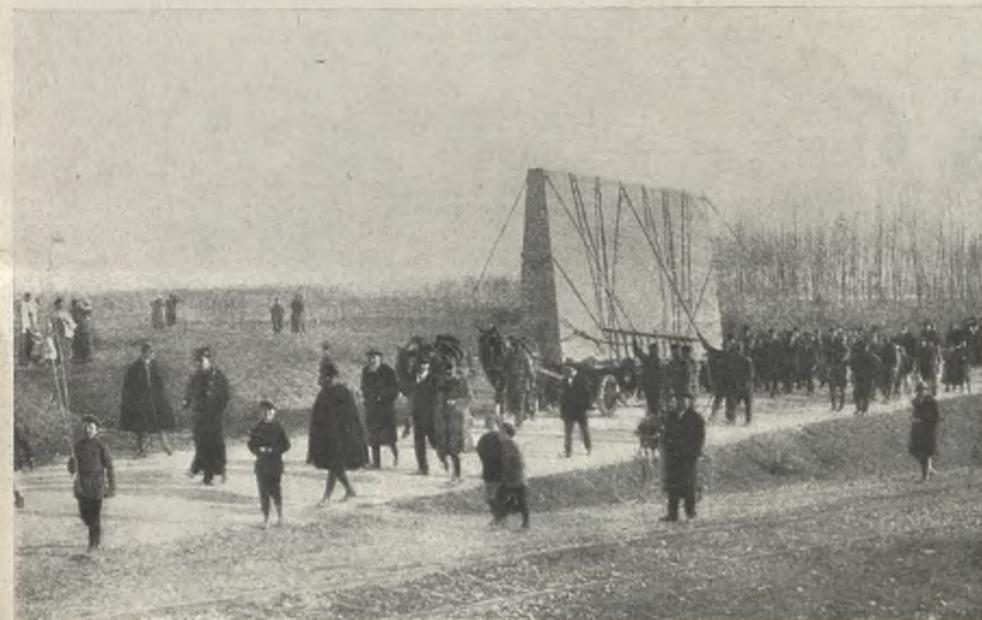
Así queda Venecia desmontada, ciudad que tanto monta; así queda vacío su dulce nombre y el nombre de toda la Italia militar. El peligro ronda sobre cada pueblo; en la mañana del 12 de febrero del año 1916 una bomba cae sobre la iglesia de San Apollinare Nuevo, en Rávena, y arranca un trozo de su maravilla. Cada ciudad se recubre como en una Cuaresma horrible que reduce a sombras enterradas las manifestaciones del espíritu. He aquí un breve índice de desolación: El Museo de Padua, está vacío; en Verona, las tumbas de los Scaligeri enterradas bajo arena; en Milán, está desocupada la Pinacoteca de Brera, y en Brescia, el Museo cristiano; de Florencia han salido más de doscientos cuadros y toda la colección de joyas de los Médicis. Roma ha levantado defensas en derredor de sus estatuas; se vacía Villa Borghese,



El Mausoleo de Gala Placidia, en Ravena, que guarda los mejores mosaicos del mundo

se, y en Nápoles, vasos, orfebrería, plata y piedras preciosas, han sido encerrados en cajas de hierro.

¿Quién podía imaginar este angustioso desplazamiento del arte en un país elegido para dar forma—el fondo es nuestro—al mundo? La belleza no tiene ya lugar entre los hombres, ni a la superficie de la tierra—levantada, hirviendo—, conviene una placidez magnífica.



Es un éxodo triste. El pueblo de Venecia acompaña fuera de la ciudad la Asunción del Tiziano para salvarla de las bombas austriacas